

Primera parte: una cultura en mutación

El judaísmo bíblico

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. El judaísmo bíblico. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 5-11. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

EL JUDAÍSMO BÍBLICO

La Biblia es el texto de referencia de los judíos, independientemente de la importancia que a ella pueda ser dada, de la creencia en la veracidad o no de sus relatos o aún del hecho de que haya sido leída, pues en ella se encuentran los mitos fundadores que en el imaginario colectivo hacen de un individuo concreto, parte de una comunidad fundada en la historia. La Biblia define una filiación, relatos y arquetipos de un origen común presentes en el imaginario de judíos y no judíos, en particular la historia de Abraham abandonando su hogar y tierra natal para crear un nuevo pueblo, de la salida de la esclavitud de Egipto liderada por Moisés y del reino de Israel consolidado por David, a partir de las cuales se desarrollaron tres mil años de historia.

Entendamos bien. Se trata de una forma posible de leer la Biblia. Ella fue resignificada por otras religiones y también puede ser analizada como obra literaria o histórica. Pero, en relación a los judíos, es un libro que cuenta el comienzo de la saga de un grupo que desemboca por los caminos más diversos en la vida de las personas que hoy se definen como judías. Inclusive, como veremos, el hecho de que las otras dos grandes religiones monoteístas, el cristianismo y el islamismo, hayan dado a este relato un significado diferente, es parte constitutiva del contexto cultural dentro del cual la cultura judía se constituyó y se constituye hasta los días de hoy.

En el transcurso del relato bíblico Dios se presenta con varios nombres – posiblemente expresión de las divinidades de las diversas tribus –, inclusive el de Elohim, dioses en plural. En la Torah, el Dios de los judíos entra en conflicto con otros dioses locales y hasta incluso es mencionado el culto por los israelitas a la diosa Ashera y sacrificios para Azazel.

Constituida por tres partes con un total de 24 libros, la Biblia o TaNaJ (Torah – Pentateuco; Neviim – Profetas; y Ketuvim – Escrituras) entrelaza historias individuales y colectivas, creencias y legislación, y sobre todo, relata el curso de la alianza de un pueblo con Dios, en el cual va mudando la representación de Dios, del pueblo y de la alianza.

La versión canonizada de la Biblia fue consolidada durante el dominio persa, posiblemente en el siglo V o IV A. C., y en ella se superponen textos

de varios períodos. El texto bíblico refleja autores diversos que expresan creencias e intereses diferentes, como de los sacerdotes, de la monarquía y de críticos de ambos. Como en una película que fue rodada en diferentes épocas y después editada sin considerar el momento de la filmación, la Biblia, por ejemplo, sitúa en la época de la salida de Egipto mandamientos que fueron elaborados mucho más tardíamente. Del examen filológico, que identifica la antigüedad relativa de las diferentes partes del texto bíblico, emerge un relato en el cual Israel fue evolucionando en las formas de representación de Dios – politeísmo, monoteísmo nacional que no excluía la existencia de otros dioses, monoteísmo exclusivo –, en los sentidos de su alianza con el pueblo de Israel y en la visión que los propios judíos tenían de su lugar en el mundo.

El primer conjunto de libros, la Torah (Pentateuco) relata en las primeras páginas la creación del mundo, de los seres vivos y del primer hombre y mujer (inclusive presentando dos versiones de este evento). Al principio es contada la historia de la “humanidad” en episodios cortos, relativos a los hijos de Adán, la construcción de la Torre de Babel y el diluvio. Después del diluvio, del cual sólo se salvan la familia de Noé y los animales que él llevó en el arca (y ciertamente los habitantes del mar), Dios realiza una alianza con la humanidad, por la cual él se compromete a no destruir a los seres vivos, exigiendo como contrapartida los llamados mandamientos Noahicos, que incluyen la prohibición de matar.

El resto de la Torah presenta el recorrido y los percances de la relación entre Dios y los judíos. Se inicia con la salida de Abraham de la casa de los padres hacia una tierra distante y su disposición a sacrificar el hijo Isaac por orden divina. En el último momento Dios manda sustituir el sacrificio por un cordero y la circuncisión pasa a ser la señal de la alianza con Abraham y sus descendientes, a quienes Dios promete la tierra de Canaán y una prole numerosa.

La historia de Abraham es seguida por la saga de sus hijo Isaac y el nieto Jacobo (que recibe el nombre de Israel), cuyos doce hijos darán origen a las doce tribus (pues los hijos de José darán lugar a dos tribus, Efraim y Menashe, y la hija Dina no producirá una tribu ya que la Biblia es patrilineal). La falta de alimentos en Israel lleva a Jacobo y sus hijos a Egipto, donde posteriormente serán esclavizados, dando comienzo a una nueva etapa de su historia.

En Egipto, Moisés lidera a los judíos hacia la libertad (que de acuerdo con la Biblia salen acompañados por otros pueblos) y promulga la legislación que será la nueva base de la alianza con Dios. El pueblo de Israel se compromete a cumplir los mandamientos divinos, y Dios, a protegerlo (y castigarlo en casos de no cumplimiento). Los mandamientos asociados a Moisés incluyen los sacrificios que deben ser ofrecidos a Dios y que aseguran el sustento de los sacerdotes, los asociados a la separación de lo puro y de lo impuro, en particular leyes dietéticas, pero también de vestimenta, la prohibición de contacto con ciertos tipos de enfermedades, mujeres menstruadas y muertos y leyes sobre el descanso de la tierra. Las leyes relativas a las relaciones sexuales, al incesto y al no desperdicio del semen (la prohibición de la masturbación, homosexualismo, zoofilia) posiblemente están ligadas a la preocupación con la expansión de la población y con la diferenciación en relación a prácticas aceptadas en otras culturas de la región.

Leyes que separan relaciones y actos sociales entre puros e impuros, ya sean dietéticas, indumentarias o de casamientos intrafamiliares, existen en todas las culturas, y ciertamente las de la Biblia se nutren – y a veces procuran diferenciarse – de tradiciones de la región. El esfuerzo central del texto bíblico es en el sentido de alejamiento de los ritos de fertilidad y culto a las fuerzas de la naturaleza de los pueblos vecinos, aunque él nunca sea completo. Las festividades bíblicas no dejan de mantener una fuerte relación con el ritmo de la vida de un pueblo agrícola.

La Torah instaura lo que quizá fue la principal contribución original de la cultura judía a la civilización humana, el *Shabat*, el día de descanso semanal. Otros mandamientos procuran asegurar un sistema de justicia imparcial, la liberación periódica de esclavos, el descanso de la tierra, el respeto por el extranjero, leyes sobre préstamos y formas de cosecha que aseguren que las sobras sean recogidas por los pobres.

En los libros de los profetas, el relato continúa con las vicisitudes de la ocupación de Canaán y las luchas contra los pueblos locales dirigidas por los jueces – líderes elegidos *ad hoc* –, y el surgimiento de la monarquía. La monarquía en Israel está repleta de conflictos dinásticos que llevan a la división de las tribus de Israel en dos reinos, Judea – con Jerusalén como capital – e Israel – con capital en Samaria. Finalmente, relata la destrucción del reino de Samaria y su Templo por los asirios (722 A. C.), y del reino de

Judea y su Templo por los babilonios (586 A. C.). El relato histórico finaliza con los eventos asociados a la reconstrucción del segundo Templo de Jerusalén, gracias al retorno a Jerusalén de miembros de la elite exiliada, con autorización del emperador persa Ciro, el Grande.

Junto con el relato histórico, aparecen las prédicas de los profetas. Tanto en los reinos de Judea y Samaria como en el exilio, los profetas ocupan un lugar central. Ellos amonestan a los reyes y al pueblo por desviarse de los mandamientos divinos, explican el pasado y prevén el futuro.

El gran desafío de los profetas fue explicar las derrotas, ocupación, exilio y destrucción de los reinos de Israel y Judea. Al final, la Biblia relata la historia de un pueblo pequeño que consigue enfrentar los enemigos más poderosos gracias a su alianza con Dios. ¿Qué habría sucedido con esta alianza? La respuesta de los profetas fue que el abandono de los mandamientos divinos por los reyes, y a veces también por el pueblo, habría llevado a Dios a retirar la protección a Israel. Los grandes imperios habrían sido instrumentos de Dios para castigar al pueblo judío. Pero el pacto de Israel con Dios seguiría vigente y finalmente, con la llegada del Mesías (el ungido), Israel volvería a recuperar su esplendor y ser *or lagoim*, luz para los pueblos.

El Mesías, en la tradición bíblica era alguien ungido con aceite como señal de elección divina, para cumplir una tarea especial, como fueron los sacerdotes, los jueces y los reyes. Los profetas dan a la llegada del Mesías un nuevo sentido, no sólo de líderes del pueblo sino de creadores de un nuevo tiempo de paz y prosperidad.

Así, los profetas inventaron la primera versión de la historia universal relatada desde el punto de vista de un pueblo pequeño y derrotado: la ascensión y caída de los imperios serían parte de la voluntad divina, la historia no sólo judía como la de los imperios estaría sometida a una lógica transcendental cuyo sentido final era dado por la llegada del Mesías.

Con los profetas, el judaísmo pasa de un monoteísmo nacional al monoteísmo universal. Con ellos se consolida la idea de pueblo elegido entre todos los pueblos. Pero la confirmación de esta elección, que se expresa en la protección divina, quedaría postergada para el día de la llegada del Mesías, introduciendo una nueva dimensión en el judaísmo, la

esperanza mesiánica, que permite soportar el sufrimiento del presente en la expectativa de la redención colectiva futura.

La visión de los profetas transformó tanto la percepción de la historia como el papel de los grupos e individuos dentro de ella. En lugar de responsabilizar al destino, los dioses, o los enemigos por los acontecimientos sufridos, los profetas asociaron los traspies de la historia a errores en la conducta moral. Crearon así la culpa individual y colectiva, que produjo tanto la interiorización de la responsabilidad moral como generó un sufrimiento enorme, producido por la omnipotencia de suponer que todo lo que acontece con los individuos y grupos es el resultado de sus actos.

El ethos de los profetas contiene fuertes componentes éticos y universalistas. Ellos no sólo denuncian el no cumplimiento de los mandamientos como critican la preocupación excesiva con los aspectos formales de la religión, como los sacrificios en el Templo, que pierden de vista el contenido. En algunos textos, la llegada del Mesías es presentada no solamente como la redención del pueblo judío, sino de toda la humanidad.

La Biblia nos ofrece una enorme variedad de dramas individuales y colectivos que permiten las interpretaciones más diversas, en la cuales es posible encontrar inspiración para diferentes ideales y valores. Ella contiene ejemplos de luchas por la liberación, como la salida de Egipto, leyes de justicia social y principios éticos, como “amarás al extranjero como a ti mismo”, pero también orientaciones distantes de valores humanistas, en particular, las puniciones severas para los que se alejan de los mandamientos.

La fuerza de la Biblia, y también sus ambigüedades, se encuentra en el énfasis en los conflictos y debilidades de los seres humanos y las características humanas de Dios. Muchos lectores modernos tienen dificultad para aceptar como texto sagrado un libro en el cual Dios aparece como poseído no sólo por sentimientos de compasión y justicia, como de rabia y destrucción; donde se presentan historias poco edificantes, como las diez plagas sufridas por los egipcios, la total destrucción de la población de Jericó o de la familia de Koraj (que se opone a la decisión de Moisés de nombrar la familia de su hermano como la casta sacerdotal). La Torah posee principios morales y de justicia social que continúan actuales y otros que, si fuesen tomados al pie de la letra en una lectura fundamentalista, supondrían formas inaceptables de violencia, intolerancia y crueldad.

En el texto bíblico se traslucen conflictos políticos y sociales, como entre aquellos que deseaban que las tribus fuesen unificadas por la unción de un rey y los opositores a la monarquía, incluyendo a Dios. Coloca en el origen del árbol genealógico del Rey David, a Ruth, que no sólo no es judía sino moabita, uno de los pueblos maldecidos en el Pentateuco. El Cántico de los Cánticos, un texto extremadamente sensual, o el Eclesiastés, un texto pesimista, y el libro de Job, una reflexión sobre el sufrimiento humano, dan a la Biblia una enorme versatilidad. Y muchas veces el discurso profético alcanza horizontes de universalidad que se extienden más allá de las tierras de Israel.

En el relato bíblico se presentan múltiples modelos de judaísmo y de ser judío: Abraham el negociador, pero también fanático a punto de disponerse a sacrificar su hijo; Moisés el estadista y legislador, pero que duda de sus habilidades para liderar su pueblo; Sansón, el héroe que defiende los israelitas con su vida, pero que se siente atraído por el mundo pagano, sus orgías y mujeres; David el pequeño guerrero que enfrenta el gigante Goliat y transforma Jerusalén en la capital, pero que también es atraído por la mujer de su general que él envía a la muerte en la guerra; Salomón el sabio cosmopolita, que expande su reino; en fin, los profetas con su radicalismo moral.

Yuxtaposición de varios relatos orales de épocas diferentes, elaborados durante un período de casi un milenio, la Biblia se presenta como un texto complejo, formado por varias capas e influencias diversas, versiones variadas y repetitivas de mandamientos y eventos. En lugar de un producto acabado y coherente, tenemos una trama que no constituye un tratado filosófico o una guía de principios éticos, si bien ellos pueden ser encontrados. Ella cuenta la historia de seres humanos y sus relaciones con Dios, con sus contradicciones, debilidades y grandezas, y de múltiples héroes y mandamientos que permitieron las más variadas lecturas y usos.

En esta complejidad se encuentra la fuerza y la fragilidad del relato bíblico. Como veremos, la diversidad de historias y de sentidos que pueden serle dados, las incongruencias, repeticiones, versiones no monoteístas de Dios, mandamientos poco específicos e historias de personajes centrales cuyas prácticas son distantes de los mandamientos divinos, constituyeron el sustrato a partir del cual las generaciones posteriores elaboraron diferentes interpretaciones para resolver las tensiones y contradicciones del texto original.

En buena medida, la historia del judaísmo es la de las relaciones complejas entre el texto original de la Biblia y sus interpretaciones. En la Biblia, aparecen los valores y los temas centrales dentro de los cuales el pueblo judío interpretará y dará sentido a su experiencia histórica: la tierra prometida, la alianza con Dios, Jerusalén, la diáspora, enemigos que buscan exterminar al pueblo de Israel, las divisiones internas, la dependencia de los cambios geopolíticos, el conflicto entre los intereses políticos y los religiosos, entre los mandamientos, como forma y como contenido, y la esperanza mesiánica. Pero, sobre todo, y esta será la marca más profunda de la Biblia sobre la psique colectiva de los judíos, presenta la historia de un pueblo minúsculo, localizado en el cruce entre Asia y África, en el corazón del mundo antiguo, destinado a ser destruido por el pasaje de los imperios, que se sobrepone a todos los percances y encuentra fuerzas para sobrevivir. Es esta obstinación en continuar existiendo a pesar de las señales contrarias dadas por la experiencia y por la historia que llevó a los profetas a transformar los imperios en instrumentos de Jehová y a creer que un día Israel volverá a ocupar su lugar de “luz para los pueblos”. Esta capacidad de resistir, de resiliencia, permitió la propia existencia de la Biblia, quizás el documento más antiguo escrito por un pueblo que sobrevivió a múltiples derrotas y que consiguió contar su historia, cuando ésta siempre fue escrita e interpretada por los poderosos y victoriosos.